

LIBRO PRIMERO.

OBSERVACIONES GENERALES.

Se ha dicho y con verdad que las ciencias son ciertos conocimientos deducidos de los primeros principios; mas al fijar estos y al extender aquellos, se ha incurrido en exageraciones diversas cuyo resultado comun es el conflicto de las disputas, el caos de las conjeturas y el embrollo de las opiniones. Unos han admitido sin exámen lo que hasta ellos ha llegado con el carácter de principios, otros han levantado al rango de estos diferentes hipótesis, otros finalmente, llevados de la fecundidad de su entendimiento, han traspasado con mucho los términos de una exacta deducción. Los primeros creen que los principios no están sujetos á exámen; los segundos juzgan que deben llevar aquel nombre las hipótesis que sirven para explicar fácilmente los fenómenos físicos, intelectuales y morales; los terceros, por último, juzgan que el discurso no debe contenerse en sus deducciones, por mas que la naturaleza de las cosas, los límites de la razon y los obstáculos diferentes que tienden á limitar la serie de las consecuencias, la exciten cautamente á detenerse hasta cierto punto. Para manifestar pues metódicamente las reglas mas necesarias en materia de deducción, hablaremos en primer lugar, de lo que debe practicarse al establecer los principios; en segundo; de lo que ha de hacerse al fijar y reunir las consecuencias; y en tercero, de lo que ha de observarse á tiempo de verificar las aplicaciones.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE LOS PRINCIPIOS.

Si hubiésemos de detenernos en la etimología del nombre cuando se trata de lo que llamamos *principios*, parece que ellos excluyen cualquiera investigación ulterior: porque principio es lo primero, el punto de partida, mas allá del cual se cree no debe haber otra cosa. Así el principio de la duración es el primer instante de la existencia, instante del cual no puede pasarse, porque mas allá de él solo se en-

cuentra la nada. Pero si bien se reflexiona sobre este punto, debemos prescindir de la etimología del nombre, y atender únicamente á la sustancia de las cosas. Estas palabras *principio* y *término* tienen una significacion muy relativa; pues nada mas comun que figurar como principios y como términos unas mismas verdades. En efecto, la suma de verdades que recogemos en el estudio de las ciencias metafísicas, como la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, son los principios de las ciencias morales; las verdades que en estas adquirimos, por medio de una exacta deducción, vienen á trasformarse en principios cuando seguimos sus consecuencias en el órden político y procedemos al dificultoso cálculo de la conveniencia pública en las situaciones mas comprometidas de la sociedad. Estas reflexiones sencillas, cuya exactitud está garantizada por la experiencia que tenemos atesorada en el curso de nuestros estudios y de nuestras investigaciones, nos bastan para reconocer que los principios, lo mismo que todo, están sujetos á exámen, y aunque no puede decirse sin gravísimo error que el entendimiento los cria; puede y debe confesarse que la razon los reconoce y profesa, mediante el uso de una deducción exacta.

Mas á pesar de este órden progresivo que nos hace ver los principios ya como los primeros elementos, ya como las verdades adquiridas en el estudio de una ciencia, tienen sin embargo caracteres distintivos, y se hallan tan marcados, que no pueden ni deben confundirse con todas las verdades parciales y de un órden secundario, que se deben á las investigaciones humanas. Una cosa es no admitir un principio sin exámen, y otra cosa muy diversa tener como principio cualquiera verdad que se reconozca y examine. Para no incurrir por lo mismo en errores de esta clase, conviene fijar el carácter de los principios, hacer ver en seguida el modo con que se fijan y establecen, y combatir por último los abusos que se comenten de ordinario al hacer la exposicion de ellos.

Un principio es una verdad, y no una creacion del entendimiento, una verdad accesible á todas las inteligencias, una verdad capital, una verdad general. Es una verdad, porque de otra manera no podria ser el fundamento de nada; una verdad accesible, porque teniendo los conocimientos una relacion inmediata con la suerte de todo el género humano, es preciso que todos la comprendan; pues la vocacion de la felicidad, cuyos medios de adquisicion son inseparables de los principios de nuestra conducta, no es el patri-

monio exclusivo de un corto número de talentos: es una verdad capital, porque un principio, como su mismo nombre lo indica, es un punto de procedencia para otras verdades parciales; y es por último, una verdad general, pues cuando se habla de principios, se habla con relación á toda una ciencia, y bajo este respecto debe abrazar elementalmente cuantas verdades y consecuencias en ella se comprendan.

Siendo los principios otras tantas verdades, subsisten con independencia de nuestras conjeturas, tienen una existencia real y positiva, y para decirlo en una sola palabra, presentan una conformidad absoluta entre nuestros juicios y las cosas. No pueden por lo mismo merecer el nombre de principios esas hipótesis diversas que los grandes genios suelen fingir para explicar los fenómenos de la naturaleza, ó las vicisitudes diversas de la sociedad. Una hipótesis cualquiera, por mui feliz que sea y mui apropiada que se halle para las mas fáciles aplicaciones, siempre será una hipótesis; y mientras no se reconozca en ella su existencia real y positiva, tampoco debe reputarse como un principio.

Una verdad, cualquiera que sea, siempre que necesite de tal aparato científico para ser entendida, que mui pocos puedan alcanzarla, servirá de regla para tal ó cual procedimiento, pero no se la podrá colocar entre los principios de una ciencia. Tal sucede con algunas deducciones del cálculo, fecundas en resultados, origen de varios conocimientos y fuente perenne de importantes aplicaciones á las artes. Son y deben ser reglas seguras: mas desprovistas de aquella luz que á poca costa las deja ver aun de los entendimientos comunes, parece que no deben colocarse en la esfera de los principios. Tienen estos algo de vulgar en su conocimiento, pues los que se hallan convencidos de algunas verdades, parece que no apelan á los principios, sino para hallar en la razón común una confirmación de sus ideas contra la obstinación y pertinacia de la razón individual.

Un principio siempre es una verdad generadora, que abre la serie de otras muchas verdades, y funda un sistema de conocimientos. No necesitamos de saber otra cosa que la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, para ir discurrendo por toda la serie de sus consecuencias, hasta quedar entendidos en la existencia de la lei natural; y bien sólidamente apoyan esta asercion los impulsos que recibieron las ciencias filosóficas bajo la eminente razón de los filósofos gentiles. Platon y Marco Tulio no hicieron mas que fecundar esas dos primitivas verdades; y sus excelentes tra-

tados de filosofía moral giran sobre ellas como una esfera sobre sus ejes. Nada importa, según esto, que la existencia de Dios y la inmortalidad del alma puedan considerarse como el término de los estudios metafísicos y estén sujetas por lo mismo al método de la demostración: pues ellas son el fundamento de otras ciencias, se reconocen por todo el mundo, tienen una existencia real, y reúnen todos los caracteres que deben buscarse en los principios.

Por lo que acaba de decirse, se viene en conocimiento de que un principio es así mismo una verdad capital, y tan fecunda, que no se limita ciertamente á un orden parcial de ideas y racionios, sino que sirve de primer eslabon á toda la cadena de verdades comprendidas en una ciencia. Mas no siempre sucede que esta penda de un solo principio; porque de ordinario son vários los que sirven como de elementos constitutivos de ella: circunstancia que á primera vista menoscaba notablemente la extensión de un principio, pero que bien examinada nos persuadimos de que éste no por concurrir con otros á formar el cimiento de un edificio científico, pierde su carácter de general y deja de influir en toda la extensión de la ciencia. Hemos dicho que un principio debe ser una verdad general; pero no nos hemos avanzado á sostener que sea también una verdad exclusivamente generadora de todos los conocimientos de un ramo. Para dar alguna mas claridad á este concepto, podremos servirnos de un ejemplo mui sencillo: veamos tres proposiciones de las cuales las dos primeras producen ó engendran la tercera: primera, *los avaros no están contentos con las riquezas que poseen*; segunda, *el que no está contento con lo que posee, es un ser infeliz*; tercera, *los avaros son pues unos seres infelices*. En este ejemplo se ve claramente cómo dos verdades engendran una tercera sin perder su generalidad, ni ser tampoco exclusivas. Baste lo expuesto para fijar el sentido que damos á esta palabra *general*, cuya significación abusiva ha producido tantos errores entre los metafísicos.

CAPÍTULO SEGUNDO.

DEL MODO CON QUE SE FIJAN Y ESTABLECEN LOS PRINCIPIOS.

Es un punto acordado entre todos los filósofos, que los hombres han racionado ántes que hubiese Lógica, han

hablado antes que se formase Gramática alguna, se han conducido según el orden de la naturaleza, antes que los sabios coordinasen sus leyes para crear el Cálculo y la Física; y valiéndonos de la frase de un escritor del siglo pasado, han sido filósofos antes de pensar en serlo. Nada más natural: las necesidades diversas que nos precisan á ejercitar nuestras facultades físicas, intelectuales y morales, preexisten al cultivo de los conocimientos, vinieron al mundo juntamente con el hombre, y parecen inseparables de su naturaleza y de su ser. Que ellas le hubiesen acompañado aun en el estado de inocencia, ó que deban mirarse como los primeros efectos de su prevaricación, nada importa: porque ya se sabe que el pecado fué casi la primera producción del espíritu humano.

Siendo pues las necesidades el primero y más poderoso aliciente del espíritu y del cuerpo, deben suponerse dos cosas: primera, que el hombre desde el principio de su existencia, y como por un impulso instintivo, se movió desde luego á buscar los medios de satisfacerlas; segunda, que estos medios han debido ser siempre obvios y fáciles; porque de otra manera, lejos de haber podido progresar el género humano, todos ó los más de sus miembros habrían sido víctimas de su torpeza intelectual, y habría podido sospecharse en el Autor de la naturaleza cierta especie de inconsecuencia entre su obra y sus designios, supuesta la dificultad suma de los medios para realizar estos designios, que por otra parte debían ser uniformes con las necesidades de la especie humana.

Siendo las necesidades urgentes, indispensable la acción humana para satisfacerlas, y fáciles los medios de alcanzar este resultado, solo nos resta descubrir los varios objetos de estas necesidades, para columbrar los primeros elementos del saber humano. Sin entrar en el órden generador de ellas, y por tanto, de los pensamientos y de las acciones, ya se deja entender que el triple objeto de estas necesidades era el hacer propicio al Autor de la naturaleza, atender á la conservación del individuo y gozar los beneficios de la sociedad. He aquí una triple fuente de pensamientos y de acciones que debieron preceder á la formación de las ciencias. Las necesidades diversas impulsaron la acción intelectual y física; esta doble acción fijó la mente en los hechos; los efectos inmediatos de estos hechos, fáciles por otra parte de percibir, produjeron cierta clase de nociones; y como estas partían de objetos comunes y generales, como las necesidades del hombre, vinieron á ser unas verdades

generales, accesibles, fecundas, hijas de la observación y efectos de las primeras necesidades.

Como los hombres llegaron á ellas sin particular estudio, designio fijo, ni afán de ningún género, y como por otra parte no se proponían más que satisfacer sus necesidades, tampoco llegaron á apercibirse del camino que anduvo su razón para llegar á fijarlas; y tanto esta circunstancia como el carácter tradicional con que largo tiempo fueron pasando, les dieron en el concepto de los inteligentes cierta especie de origen innato. Las tuvieron como preexistentes á la observación y al raciocinio, y largo tiempo se tuvo como un absurdo sujetarlas al exámen y disputar sobre ellas. Otra causa contribuyó no poco á prolongar este error entre los sabios. Los que descubrieron nuevas verdades, creyeron aumentar su gloria literaria, ocultando los verdaderos procedimientos de las ciencias; porque así se acreditaban de más penetrantes y entendidos, y podía pasar todo como una producción de su ingenio, sin substraer de sus obras ni aun aquellos conocimientos tradicionales que han debido las ciencias á las primeras observaciones del hombre. Sea de esto lo que fuere, el tiempo lo ha puesto en claro todo, el análisis ha llevado su luz hasta las más recónditas edades de la filosofía; y nadie duda hoy que la particular observación de los hechos intelectuales, morales y físicos, ha guiado la razón de los sabios hasta el punto de reconocer y multiplicar los verdaderos principios de las ciencias. Sin detenernos pues en las edades tenebrosas en que la sofistería sistemática cerraba todos los recursos á la fácil y recta acción de la inteligencia, veamos propiamente cómo pueden y deben fijarse los principios.

Observando lo que pasa ya dentro, ya fuera de nosotros mismos, reconocemos una multitud de hechos como ya se ha dicho. Tratando de hallar la parte filosófica de estos hechos, vemos que ciertos efectos corresponden á ciertas causas; mas esta vista no siempre es igualmente clara: unas veces lo es tanto que no nos es dado dilatar un instante nuestro asenso; otras llegamos á persuadirnos firmemente de una verdad, pero después de haber pasado por una serie de raciocinios; otras, por último, buscamos la semejanza en los hechos para deducirla en sus efectos y causas; mas como no hemos partido de una perfecta identidad, tampoco podemos quedar con una plena certidumbre. A lo primero llamamos *evidencia inmediata*; á lo segundo, *evidencia inductiva*, á lo tercero, *analogía*. Observemos pues estas tres cosas, pues son de ordinario los medios de que

nos servimos, tanto para reconocer como para fijar los principios.

§ I.

DE LA EVIDENCIA INMEDIATA.

Entre los muchos objetos que se ofrecen á nuestros sentidos, ó que afectan interiormente nuestro entendimiento, hai unos que á primera vista descubren con tanta claridad su existencia y sus íntimas relaciones, que cautivan inmediatamente nuestro asenso, en términos que seria inútil empresa la de mantener hácia ellos cualquiera especie de perplejidad. Tal sucede por ejemplo con nuestra existencia, el sentimiento de nuestras afecciones internas, la presencia de un objeto que hiere todos nuestros sentidos, el anuncio de ciertas verdades incontestables que se dejan comprender desde luego. En todos estos casos el alma percibe con tal claridad el objeto, que ni se le encubre ninguna de sus partes, ni puede confundirla con objeto ninguno; esto es lo que se llama *evidencia*. Cuando esta percepcion clara y distinta de las cosas de sus relaciones, sigue inmediatamente á su manifestacion, la evidencia es inmediata; y cuando no llega sino despues de algunos racionios y mediante el trabajo intelectual, es inductiva.

Hablando pues de la primera, es fácil concebir que de ningun modo puede empeñarnos en error sobre los objetos que representa y sus relaciones naturales. ¿Porqué? porque si nos empeñara en error, fallaria el supuesto de una percepcion clara y distinta. Percibir clara y distintamente una cosa, es percibirla como en sí; y afirmar lo que así se ha percibido, es afirmar la verdad. Luego, ó no hai evidencia, ó su inmediato é indispensable efecto es el conocimiento de la verdad.

Hemos dicho que los principios están al alcance de la inteligencia comun, y se descubren y comprenden por el fácil uso de la razon; pues que todos ó la mayor parte, atendido su objeto, afectan de un modo mas ó menos directo á los intereses de la especie humana. De aquí resulta que una parte considerable de ellos serán debidos á las relaciones de la evidencia; porque si se nos ha dado la facultad de percibir á primera vista clara y distintamente la existencia y relaciones de alguna cosa, este noble privilegio debe tener un objeto general; y este objeto no puede ser otro que el de facilitarnos la adquisicion de los conocien-

to ménos fáciles, con la luz de las verdades mas accesibles y evidentes.

§ II.

DE LA EVIDENCIA INDUCTIVA.

Como se ha visto, esta consiste en la clara y distinta percepcion de las cosas y sus relaciones, mediante la aplicacion del discurso á una serie de verdades intermedias, que es necesario comprender para adquirir la percepcion de que se trata. Con esta clase de evidencia se comprenden cierto género de verdades capitales y se fijan y establecen como principios de otras muchas.

En efecto, observando en particular los hechos de que nos dan testimonio la conciencia, los sentidos ó los hombres; analizando nuestras observaciones mismas, llegamos á comprender que el entendimiento, siguiendo fielmente el órden de sus ideas, refiriéndolas con exactitud á sus objetos respectivos, indagando sus relaciones inmediatas, fijando las semejanzas y diferencias, formando sus juicios y eslabonándolos por medio del discurso, llegará al conocimiento de una verdad, partirá de esta para encontrar otra, y procederá así sucesivamente, hasta dejar enlazadas esas cadenas diferentes de verdades que corresponden á los diversos ramos de las ciencias. Sus experiencias mismas le ilustran y convencen, sus convicciones le fijan; y desde que está fijo, atiende al punto de partida, vuelve sobre sus pasos, digámoslo así, y viendo que dada cierta verdad, se sigue una serie de verdades, no vacila ya en reconocer aquella como un principio, llegando por este medio á descubrir y fijar los principios de las ciencias.

Por lo que acaba de verse, los principios no son sino las observaciones reducidas á método, los fenómenos individuales clasificados y los hechos todos erigidos en leyes. La observacion suministra materiales al discurso, el discurso descubre y fija los principios, y el método los ordena y los fecunda.

§ III.

DE LA ANALOGÍA.

Todos los principios que se deben á la evidencia ya inmediata ya inductiva, tienen un enlace tan íntimo con to-

das las verdades subsecuentes á donde conducen, que hablando en rigor, puede asegurarse que todas ellas están contenidas en sus principios respectivos implícita pero esencialmente. Son las unas de la misma naturaleza que los otros; son, digámoslo así, una misma cosa con ellos; y bajo este respecto la verdad de los principios y la exactitud de las consecuencias están garantizadas perfectamente por el enlace que forma la identidad de las ideas. Por esta razón se descansa con absoluta seguridad en la evidencia de un principio, en la certidumbre de las verdades que él engendra, cuando por otra parte se han observado fielmente las reglas infalibles á que está sujeta una buena deducción. Pero no siempre discurremos sobre la identidad de las ideas; muchas veces, y acaso las mas, nos vemos en la necesidad de ocurrir á las semejanzas, afirmando de unas cosas lo que hemos visto con certidumbre en otras semejantes. En esto consiste la *analogía*; medio rigurosamente inductivo; medio necesarísimo, muchas veces convincente, y de ordinario falible. Pero su falibilidad no destruye su importancia sino mas bien aconseja su buen uso y el empeño que debemos tener en perfeccionarla. Ella domina en el campo vastísimo de las probabilidades, y decide por lo comun las importantes cuestiones que se agitan frecuentemente sobre la conveniencia pública ó privada, cuando se trata de aquellos objetos á donde no alcanzan ya las luces clarísimas de una verdad reconocida.

Hai ciencias que se dirigen á guiar el espíritu á lo mas conveniente ó á lo ménos peligroso, como hai otras que le fijan en lo verdadero y en lo justo; y aquellas, lo mismo que estas, se apoyan en principios y determinan una serie de consecuencias. Ahora bien, los principios de esta ciencia, dirigida como se ha visto á pulir el tacto político y á perfeccionar el cómputo moral que debe preceder á la ejecución de una empresa, se descubren, fijan y establecen mediante la analogía. Esta es por lo mismo de la mayor importancia, de un uso continuo: si es peligrosa en sus aplicaciones, es tambien segura cuando se la emplea con discrecion y oportunidad: si por sí sola no constituye una ciencia, sirve mucho al progreso de todos los conocimientos: si no siempre asegura nuestra razón, muchas veces la convence; y por estas causas se ha colocado por los filósofos entre los motivos generales de nuestros juicios.

CAPÍTULO TERCERO.

DE LOS ABUSOS QUE SUELEN COMETERSE AL EXPONER LOS PRINCIPIOS.

Cuando examinamos los caracteres distintivos de los verdaderos principios y reflexionamos acerca de su fecundidad, hasta llegar á convencernos de que bien hecha la deducción, ellos deben hacernos caminar por una serie de verdades con seguridad absoluta, no acertamos á comprender cómo, siendo tan llano y tan seguro el camino de la investigación, han figurado con boga los mas insignes errores entre las verdades mas palmarias, y cómo los mas caprichosos y absurdos sistemas se han hecho lugar entre los sabios, y han conquistado la opinion y pervertido el juicio de numerosas sectas. ¿Cómo explicar este fenómeno tan extraño, cuando por otra parte ningún sentimiento debia prevalecer en el hombre sobre aquel que nos impele fuertemente al descubrimiento y á la posesion de la verdad? Hai en aquel que se consagra de preferencia á las nobles tareas del espíritu una propension irresistible á la celebridad y á la gloria; propension que si puede justificarse en su origen, no por esto deja en ciertos casos de producir graves inconvenientes y positivos males. Creyendo imposible llamar fuertemente la atención de la sociedad hácia los escritos que no llevan en sí los atractivos del ingenio y de la invención, desdeña no pocas veces la guía segura de la naturaleza y los procedimientos infalibles de un método racional, por adoptar una combinacion caprichosa de ideas y un método absurdo, con tal que se anuncie como nuevo y sorprendente. He aquí el primer género de abusos, la inversion del método.

Mas por mucho que este se invierta, el escritor se ve siempre en el caso de aprovechar las nociones recibidas y de discurrir sobre los objetos nuevos, haciendo concurrir en sus obras la evidencia y la analogía; pero fijo siempre en la idea de sorprender con la novedad, cambia de ordinario el aspecto de las cosas, confunde la identidad con la semejanza, pretende que tienen igual derecho á nuestro asenso las inducciones que él hace y las legítimas deducciones que facilita un principio evidente, y á poco progresar por la serie de sus ideas, se sirve ya indistintamente de to-

dos los medios, y en vez de la exactitud y claridad, que ordenan al descubrimiento de la verdad los procedimientos científicos, y facilitan las deducciones naturales, y valorizan las consecuencias, no se percibe de ordinario sino una monstruosa confusión en que nada aparece en su lugar correspondiente ni en sus relaciones naturales. He aquí una segunda fuente de muchos abusos, que consiste, según acaba de verse, en confundir la identidad con la semejanza, la deducción con la inducción, la evidencia con la analogía.

Por una consecuencia precisa de este método, se alteran por lo regular y confunden ideas que debían estar fijas y constantemente separadas, se borran las líneas que dividen la escala de las probabilidades, se identifican la verdad con la evidencia, esta con la certidumbre, y la certidumbre con la probabilidad. La verdad es la conformidad de nuestros juicios con los las cosas: la evidencia consiste en la clara y distinta percepción de las cosas y sus relaciones; la certidumbre en la firme adhesión de nuestro entendimiento á una verdad ya conocida; y la probabilidad, en una reunión de datos que inclinan nuestro asenso respecto de algún juicio, sin que por esto lleguen á fijarle. ¿Cómo confundir cosas tan diversas! ¿cómo no alterar la verdad, alterando estas nociones primitivas que facilitan y garantizan el conocimiento de ella? Sin embargo, nada es más común. Con demasiada frecuencia motivos muy extraños á la perfección del hombre moral guían la pluma de un escritor. Los intereses individuales ó de partido, desalojan del alma los nobles designios; y este es el momento en que todo se cree útil, con tal que facilite la conquista de los lectores. Mientras se emplea con distinción lo que por su naturaleza es distinto, sobre manera difícil es dar apariencias al sofisma y cuerpo á la impostura; pero desde que se borran las líneas de demarcación y se hacen servir las facultades internas á la realización de una sorpresa general, y por lo mismo de un proyecto maligno, es en gran manera difícil quedar á cubierto de todos los encantos y prestigios de un sofisma ingenioso, de un estilo brillante y una elocuencia seductora. Muy raro es aquel que puede actuarse momentáneamente de un artificioso sistema, sobre todo si su desenvolvimiento llena varios volúmenes; y más raro todavía el crítico diestro que, reduciéndole á sus elementos primitivos, restituye sus fueros á la verdad, deja sola la evidencia, fija lo cierto, aparta lo probable, y remite al desprecio común el estúpido caudal de errores é imposturas que con aquello se había confundido. He aquí la tercera fun-

te de los abusos, la confusión de la verdad, evidencia, probabilidad, convicción y certidumbre.

Pero, ¿es tan fácil sorprender á una multitud, hasta el extremo que se ha visto, cuando el medio de que se sirven los escritores es el ménos adecuado, puesto que estriba en la confusión absoluta de las ideas! Sin duda alguna que sería muy dificultoso para los sofistas trabajar con buen éxito, si esta confusión apareciese en sus obras de una manera ostensible. Mas la necesidad de ocultarla engendró un abuso nuevo, que ha producido trastornos de mucho tamaño en casi todas las épocas de la filosofía. Era necesario confundir, y al mismo tiempo separar, y ordenar; combinar artificiosamente las ideas, y encubrir el embrollo sustancial bajo las honrosas apariencias de un saber profundo, un claro discernimiento, un método especioso y un orden inalterable. El genio, que por desgracia es tan fecundo para el error como provechoso para la verdad, ha encontrado recursos inagotables; y por este motivo, haciendo pesar un yugo insostenible sobre sectas numerosas, ha hecho tributarios del error aun á los siglos más ilustres. Aprovechando el origen siempre tenebroso de los primeros descubrimientos, afectando la necesidad de conformarse con una conjetura para fijar la certidumbre sobre este origen, y adoptando una duda metódica so pretexto de establecer sólidamente los principios contra la ligereza del vulgo, el poder de los hábitos y la fuerza de las preocupaciones, ha inventado, según la materia de que trata, mil combinaciones diversas de ideas en que parece que todo se explica con entera facilidad: los lectores se sorprenden á la vista de una sucesión tan obvia y natural, olvidan muy pronto las primeras conjeturas, y no discurrir mucho tiempo sin que la realidad de las cosas quede suplantada con el bello lustre de un artificioso sistema. Cuarto y más general abuso de la razón al exponer los principios de las ciencias; el espíritu de sistema.

Finalmente: el hombre se halla estrechamente relacionado con Dios, y estas relaciones, que como hemos advertido en otro lugar, giran siempre dentro de las líneas de la creación y la felicidad, levantan continuamente el espíritu á un orden de ideas que nunca podría ser obra de la razón humana. Obligados por una dicha incomparable á pensar en lo infinito y perfecto, sin dejar por esto nuestra limitación; á levantar nuestro espíritu á una esfera inaccesible á causa de nuestro destino futuro; á consultar la voluntad soberana del Ser Supremo, para dirigir nuestra conducta individual y política; y estando estos grandes objetos rodeados por todas partes

con las sombras augustas del misterio, no podemos dar un paso sin inclinar nuestro entendimiento delante de la luz increada, escuchar las revelaciones de Dios y prestar nuestro asenso á muchas verdades que no podemos comprender. Mas la razon humana, alucinada comunmente con sus destellos miserables, tan limitada en sus recursos como insolente y orgullosa en sus pretensiones, suele no reconocer sino lo que cabe en su órbita pequeña, desechar como improbable y absurdo lo que traspasa los limites de su capacidad, y declarar contrario á ella lo que se le concede ver en una esfera superior, pero no se la permite analizar. Por otra parte, como estas verdades misteriosas, lejos de ser especulaciones estériles, tienden á enfrenar las pasiones, regir el albedrío y afirmar al hombre en los caminos del deber, se levantan aquellas con una fuerza continua, y ofrecen al hombre la rebelion del entendimiento y los artificios de la incredulidad, ya como los supremos dispensadores de la fama y de la gloria, ya como dos recursos poderosos contra el remordimiento y el temor. De este modo hemos visto terriblemente combatidos los dogmas, hemos visto pretensiones muy avanzadas contra el criterio comun, y turbas enteras de filósofos correr al escepticismo antes que sujetarse al yugo de la fe. He aquí el último abuso de que nos proponiamos hablar, es decir, confundir lo que está sobre la razon con lo que es contrario á la razon.

Tales son los medios mas comunes que la ignorancia, la superficialidad, la falta de criterio y tambien el amor de la fama, el espíritu de secta, los intereses individuales, las afecciones políticas y pasiones diversas han puesto en práctica innumerables veces al exponer los principios de las ciencias.

CAPITULO CUARTO.

DE LAS CONSECUENCIAS.

Sin duda que se ha conseguido mucho cuando se hallan establecidos ya los principios; pero entre ellos y las últimas verdades á donde conducen, hai un camino dilatado en que puede estrellarse la razon, si desprovista de una regla segura, procede al difícil empeño de unir y ordenar las muchas consecuencias que de ellos pueden inferirse. Aquí es pues principalmente donde mas ejercicio tiene la deducion: si ella es caprichosa, producirá tan solo errores ó absurdos; si es exacta, demarcará las consecuencias legi-

timas, y concatenará fielmente una serie de verdades. Por cierto que seria muy triste la condicion humana, si el hombre no tuviera reglas infalibles para conducir su razon, descubrir la verdad ó falsedad de sus juicios, y estimar el valor de sus conocimientos: pues no pudiendo por una parte, atendidas sus propensiones mas irresistibles, negar su destino á la perfeccion y á la felicidad, ni descansar por otra en los resultados de sus trabajos intelectuales, sufriria de continuo los horrores de la incertidumbre y aun los tormentos de la desesperacion. Mas afortunadamente no es así: la naturaleza previene nuestros deseos, la reflexion descubre y allana todos los obstáculos, el entendimiento tiene un criterio, y el criterio legítimo no engaña jamas.

Se ha visto de qué manera podemos fijar la certidumbre sobre los hechos diversos que interiormente nos anuncia la voz de la conciencia, ó exteriormente nos trasmitten los sentidos ó los hombres; cómo el fácil uso de la razon y la sinceridad en los procedimientos del exámen, nos ponen en contacto inmediato con la naturaleza física y nuestras mas íntimas afecciones, con los moradores actuales de todos los paises de la tierra y las generaciones diversas que nos han precedido en la carrera de la vida. Se ha visto cómo la evidencia inmediata y la deductiva nos favorecen con la revelacion de ciertas verdades que, situándonos entre las observaciones individuales que las preceden y la muchedumbre de consecuencias y aplicaciones que las siguen, ponen, digámoslo así, á nuestro arbitrio la inmensa palanca con que se mueve y maneja, en la region de nuestras ideas, el mundo físico, intelectual y moral; y cómo la analogia, siguiendo fielmente las facciones diferentes de los objetos, reune y fija las semejanzas, determina en mil casos la certidumbre, fecunda el campo de las probabilidades, y allana y facilita los procedimientos prácticos, cuando es preciso resolverse entre mil razones de dudar á obrar en algun sentido sin la antorcha de la evidencia. Se ha recorrido la serie de los principales abusos en que la ignorancia, la superficialidad ó las pasiones precipitan al ingenio que sacude insolentemente el yugo de la regla, y demostrado por lo mismo que no se extravía sino el que quiere extraviarse; pues que adoptando un método natural, separando cuidadosamente las nociones que no deben confundirse, tomando por punto de partida la verdad y no las conjeturas hipotéticas, aplicando el racionio á los motivos de credibilidad, pero no rehusando la creencia cuando ya sabemos con certidumbre que Dios habla; es preciso que caminemos de verdad en verdad, has-

ta perdemos en la fuente divina y eterna de la única sabiduría.

Ahora bien, este camino está franco igualmente. Para recorrerle sin tropiezo, nos basta ser dóciles á las inspiraciones de la naturaleza; para estar satisfechos de que no nos hemos extraviado, nos basta probar nuestros discursos con los principios de la Lógica. Esta ciencia es la grande y universal provision que nos acompaña y sigue por todas partes, y una especie de *mapa mundi* que debemos recorrer sobre la carta, ántes de llevar nuestros pasos á las regiones diversas que componen el universo científico. Las reglas de que hablamos son de una evidencia incuestionable: se ha disputado mucho sobre métodos; pero no se ha disputado sin locura sobre la verdad que aquellas encierran. Tienen ellas su fundamento en la identidad; y basta sujetarse á ellas, para quedar persuadidos de que la deducción es exacta y recta la consecuencia. Si pues vemos por una parte que los principios pueden fijarse con toda verdad y deducirse las consecuencias con la mayor exactitud; si siendo la deducción exacta y el principio verdadero, la consecuencia es también verdadera y la certidumbre queda fija; podemos concluir rectamente, que las reglas de una buena deducción constituyen un criterio infalible; y que no siendo los conocimientos humanos sino el producto de los hechos y las deducciones, hai un criterio infalible para convencernos y persuadirnos plenamente de la verdad.

CAPÍTULO QUINTO.

DE LAS APLICACIONES.

Los principios y las consecuencias nos suministran un íntegro y cabal conocimiento de la ciencia respectiva á que los unos y las otras pertenecen; pero estos conocimientos especulativos no están reducidos á la simple contemplacion: todos ellos tienen un objeto, que ligado mas ó ménos íntimamente con la perfeccion de nuestro ser y la adquisicion de la felicidad, nos pone en la necesidad de sacarlos de nuestro espíritu, digámoslo así, para trasplantarlos á nuestras acciones y hacerlos servir al sistema de nuestra conducta. El cálculo pasa de la mente del Matemático á los ojos del Físico y á las manos del artista: la Ideología nos convida luego á buscar la generacion de las ideas en cuantos objetos están sometidos á la inteligencia, y á pulir y perfec-

cionar los idiomas, para hacerlos circular entre los hombres sin oscuridad ni confusion, y para explotar el rico minero de otras verdades, pendientes de la accion del raciocinio y de una deducción exacta, para manifestarse en toda su luz al entendimiento que las procura: la Metafísica no nos encumbra hasta Dios, principio y fin de toda existencia, origen inmediato del espíritu y centro de la felicidad, sino para hacernos entender el verdadero carácter de nuestro fin, y estimular nuestra solicitud hácia la práctica del bien, condicion indispensable de la felicidad: la Moral, que de aquí nace, no nos muestra el conjunto de nuestros deberes divinos, individuales y sociales para estasiar la mente con la hermosa perspectiva de una perfeccion imaginaria; sino con el grande objeto de gobernar nuestra conducta, acelerar nuestra perfeccion y consumir nuestra dicha. De este modo todas las ciencias tienen una parte especulativa y otra práctica; la primera, que es toda de principios y consecuencias; la segunda, que es toda de aplicaciones y resultados.

Ahora bien, así como cuando el principio es verdadero y su manejo exacto, la consecuencia es forzosa, y por tanto, verdadera, del mismo modo cuando la aplicacion es propia y exacta, el resultado debe ser feliz.

¿Qué importa pues en materia de aplicaciones! Aproximarse á los mejores resultados. ¿Cómo conseguir este fin? Procurando la propiedad y la exactitud al hacerlas. ¿En qué consiste la propiedad? En la relacion esencial de los principios científicos á las acciones á que se refieren. ¿En qué consiste la exactitud? En la íntegra y oportuna observancia de la regla que nos suministra el mismo principio para regir nuestra accion. Lo primero, es decir, la propiedad, nace del conocimiento de las reglas; lo segundo, del de nuestras mismas acciones: sobre lo primero, nada tenemos que añadir á lo dicho; pues unas ciencias engendran á otras ciencias, y cada una de ellas puede considerarse como especulativa respecto de la aplicacion que han de tener sus verdades en la nueva ciencia que produzca, y como práctica respecto de la ciencia que la precedió á ella y de donde sacó sus verdades fundamentales. Nada pues tenemos que añadir, cuando ya queda indicado lo que era de nuestro propósito exponer en materia de principios y consecuencias.

Hablando de los hechos, nos reducirémos á tres breves reflexiones. Primera, no tratamos aquí del mecanismo de las Artes, sobre lo cual debería exigirse del artista una suma escrupulosidad en sujetar la materia bruta, en su calidad, número, peso y medida, al criterio de los sentidos, á la

exactitud del cómputo, al compás y la regla: no tratamos de esto, porque nuestras investigaciones giran en el orden moral y político, cuya común materia de aplicación son los actos humanos. Segunda, se entiende por actos humanos las acciones que practica el hombre con conocimiento y deliberación: circunstancias tan precisas, que sin ellas la regla sería injusta, impracticable y superflua: injusta, porque á nadie debe obligarse á lo que no es capaz de cumplir; impracticable, ó lo que es lo mismo, incapaz de cumplirse, porque el que no sabe lo que hace, ménos sabrá lo que debe hacer en aquella línea; y superflua, porque no habiendo libertad para cumplirla, en vano se deseará cumplir por mucho que se conozca. Tercera reflexion: supuesto ya el conocimiento y deliberación indispensables, se tiene por una parte la regla para calificar el hecho; y supuesto el conocimiento científico, se tiene por otra parte la regla para producirlo.

Sin embargo de lo expuesto, conviene distinguir exactamente dos géneros de aplicaciones; pues unas giran siempre por la esfera invisible de un orden puramente científico, y otras salen á lo exterior, digámoslo así, hieren nuestros sentidos y ponen á la vista los efectos materiales de las especulaciones de las ciencias. La Mecánica, por ejemplo, tiene siempre una regla y un compás; mas ambos instrumentos, que en todos casos pueden y deben ser vistos como una aplicación de la Geometría á la Física, no son iguales en la mente del filósofo y en la mano del Artista: en este naturalmente se resienten de la tosquedad de la materia y de la imperfeccion de nuestros sentidos; mientras en aquel, facilitan todos los procedimientos sin perder absolutamente nada en sus continuas aplicaciones. Resulta de aquí, que estas, en el orden científico, tienen una perfeccion absoluta, porque siempre son verdades primarias ó secundarias, y porque en una verdad cualquiera no hai mas ni ménos; pero en lo que propiamente se llama práctico, esto es, en lo exterior y sensible, no tienen mas que una perfeccion relativa; son susceptibles de mas y de ménos, y se hallan, por lo mismo, en una escala de perfectibilidad.

Contrayendo pues á nuestro propósito la observacion indicada, dirémos que nuestro objeto, en materia de principios, consecuencias y aplicaciones, respecto de la ciencia práctica de que tratamos en esta obra, es la perfeccion moral; y como la perfeccion en la sociedad consiste en aproximar las leyes á la perfeccion de los principios, y en el individuo, en aproximar las costumbres á la perfeccion de las

leyes, es evidentísimo que nunca podrá tacharse de excesivo el empeño de hacer, con toda la propiedad y exactitud posibles, las aplicaciones diversas de los principios á las leyes y á la conducta.

Los que han pretendido ridiculizar y aun hacer odioso el celo justo por los principios, nunca dejan de exclamar con cierto aire de triunfo: *perezca la sociedad, pero sálvense los principios*: ironía perniciosa, que ha precipitado mil calamidades é infortunios sobre la especie humana. ¿Cómo una proposicion que no tiene sentido alguno, ha podido trastornar tanto la mente de los filósofos y la accion de los gobiernos? He aquí un sofisma de los mas quiméricos y de los mas desastrosos. El envuelve dos aserciones igualmente absurdas: primera, que un principio puede perecer; segunda, que su observancia es algunas veces incompatible con la conservacion de la sociedad. ¿Y no son igualmente absurdos y falsos ambos supuestos. Oigamos á Bonald.

“Un principio, es decir, una verdad esencial, no puede perecer aun cuando el universo pereciese; y el principio físico de que *la línea recta es la mas corta entre dos puntos*; y el principio moral de que *existe una causa primera*, no serian ménos verdaderos en sí mismos, aun cuando la materia fuese aniquilada y no existiesen ya hombres en la tierra. En segundo lugar, léjos de que pueda establecerse la alternativa de la destruccion del universo ó la de un principio, deben mirarse al contrario los principios ó leyes generales del orden físico ó del orden moral, como los verdaderos conservadores del mundo material ó del mundo político; y el universo entero pereceria en todo lo que en sí contiene, si estos principios pudieran perecer.¹

Supuesta la existencia y el conocimiento de los principios, de los medios infalibles para percibir sus legítimas consecuencias y de las reglas con que contamos para hacer concurrir la propiedad y exactitud en el sistema de las aplicaciones, ¿qué obstáculo puede quedar para progresar de continuo en esta escala de perfectibilidad que hemos de recorrer sobre la tierra, para tocar despues de la vida la perfeccion absoluta de que es capaz nuestra naturaleza? No reconocemos otros que los de una voluntad perversitada. ¿Qué medios para remover este obstáculo? Sobreponerse á las pasiones? ¿Cómo adquirir esta clase de triunfos? An-

¹ Mélanges littéraires, politiques et philosophiques. Considérations philosophiques sur les principes et leur application. Tom. 1, pag. 25. (Edit. de Paris de 1838.)

tes que el cristianismo apareciera sobre la tierra, no podia tratarse de esto, sino como de un problema cuyos medios resolutivos se hallaban mui excéntricos de la esfera del saber y del poder humano. Cuando él comenzó, las costumbres estaban corrompidas por todas partes; mas apenas hubo establecido sus leyes, estas leyes derivadas de las primitivas y que no eran mas que su natural desenvolvimiento y su recta aplicacion, cuando la sociedad cambió de aspecto, las costumbres cedieron á la irresistible fuerza de la verdad y del poder divino, y una Era nueva de esperanzas y de gloria se abrió á las faz de un mundo, profundamente hundido en las tinieblas y sentado á las sombras de la muerte. Es decir, que el absolutismo de la razon impulsa indefinidamente el desfogamiento de las pasiones, así como su vuelta á los limites naturales y su dependencia de la autoridad divina que la preside, ataja los afectos desordenados, y hace entrar la conducta en el orden de los principios eternos que arreglan y fijan invariablemente la marcha y los destinos del individuo y de la sociedad.

CAPÍTULO SEXTO.

DIALÉCTICA.—LÓGICA.—MÉTODO.

Las nociones generales que acabamos de suministrar, nos dan los antecedentes precisos para fijar con exactitud las ideas que corresponden á las tres palabras que sirven de rubro á este capítulo.

Nació la Dialéctica en Italia en la escuela de Zenon Eleático; y es una forma de argumentacion dialogal cuya invencion se atribuye al citado filósofo, porque se sirvió de ella para establecer la doctrina de la inmovilidad y de las ideas contra los partidarios de la experienciá sensible y del movimiento.

Mas tarde Platon dió el nombre de dialéctica al diálogo empleado como método de investigacion científica, y tambien al procedimiento lógico que unas veces descompone la unidad en sus elementos naturales, y otras llama la multiplicidad á la unidad: tambien caracterizaba con el título de dialéctica, ya la ciencia de las ideas, ya tambien la filosofia.

En Aristóteles la palabra dialéctica no significa mas que el arte de discutir, de hallar á propósito razones y palabras ya para destruir, ya para fijar y establecer una tesis

puesta en cuestion: es decir, Aristóteles entendia por dialéctica esa parte de la lógica que suele llamarse *método de arguir*. Despues de él la mayor parte de los filósofos confundian ordinariamente la parte con el todo identificando la dialéctica con la lógica: últimamente, de dos siglos á esta parte la dialéctica es una palabra casi enteramente olvidada.

La lógica es, como ya dijimos, una ciencia práctica de todas las reglas que dirigen las facultades y operaciones del entendimiento así en la investigacion como en la exposicion de la verdad. De aquí se infiere que la lógica dentro de los limites de su objeto reducido á la investigacion y exposicion de la verdad, comprende la idea y la palabra en todas las formas de que una y otra son susceptibles relativamente al objeto indicado. Por consiguiente, la dialéctica no puede subsistir bajo el carácter de un arte ó ciencia, ni aun como una parte principal de la lógica. Reducida á la forma dialogal, será el modo de proponer las dudas, para el que busca la verdad, ó de suponerlas artísticamente para el que la expone ó demuestra. Pero como en clase de diálogo, no complica, ni ménos abraza en su totalidad los principios á que está sujeta la invencion y la exposicion, ha debido necesariamente desaparecer como un arte, para subsistir como una forma con las denominaciones propias del género á que se aplica. Queda de ella el nombre genérico de donde tomó origen el *diálogo* como una forma, y en cada sistema de aplicacion recibe un nombre particular. El diálogo aplicado á la exposicion de la Doctrina cristiana, se llama *catecismo*, nombre que por semejanza se le da tambien aun cuando se trate de exponer otra materia: hai por lo mismo catecismos no solo de doctrina y moral, sino tambien de ciencias y artes. El diálogo aplicado á la oratoria, tiene, como ya vimos, el nombre de *dialogismo*, y es apénas una de las muchas formas del estilo. El diálogo aplicado á la poesia, constituye el *drama*, que es una especie de diálogo elevado á su mayor pompa, sacudiendo las trabas de una rigurosa interlocucion y constituyendo por sí una de las mas insignes bellezas de forma en las producciones del genio.

Pero dialéctica, no se encuentra ya, y creemos no debe encontrarse tampoco.

“En el diálogo ó en el monólogo, en la discusion ó en el pensamiento solitario, la eleccion de la materia que se ha de tratar, el modo de fijarla, dividirla y ordenar sus partes; de perseguir su solucion al través de los escollos que el error, el paralognismo, la ambigüedad de los términos

siembran por nuestro camino, el método en suma, todo esto es exactamente lo mismo: nada hai que exclusivamente mire á la controversia."

"La improvisacion no tiene tampoco un carácter especial en cuanto á la forma, pues que la admiten igualmente el monólogo y el diálogo."

"Considerada como un signo original por donde podria singularizarse la discusion, esta forma de pregunta y respuesta que destruye un raciocinio, una demostracion con un diálogo hábilmente dirigido, daría tal vez á la dialéctica el carácter bien restringido de un arte de preguntar y responder. Mas aun aquí buscamos vanamente la materia de un arte que no se reduzca á otro, de un método *sui generis*."

"Hacia cualquiera parte que nos volvamos, no podemos hallar á nuestra vista sino el arte de pensar, es decir, la *lógica*, y con esta el arte de hablar, es decir, la *gramática*: en ninguna parte descubrimos un arte especial que tenga por objeto la discusion. Aun cuando quisiéramos pues dar á la dialéctica el carácter propio de una ciencia de discusion, prescindiendo de los inconvenientes dichos, no podria esta, como acaba de verse, constituir un arte *sui generis* prescindiendo de la *lógica*."

Volvemos á decirlo sobre el testimonio del autor citado, y lo diremos con sus mismas palabras: en el estado actual de las ciencias filosóficas, la dialéctica, este fantasma que nuestras manos se esfuerzan en vano á coger, se disipa tan luego como la meditacion le ilustra: la dialéctica es la *lógica* y la *gramática*, ó no es nada."¹

La *lógica* es pues, hablando en rigor, el término mas universal de la ciencia en materia de deducciones. Mas la *lógica* para ser una ciencia completa necesita de tres cosas: *elemento, medio y forma*. El elemento ó la materia está en la idea, el medio ó instrumento está en la palabra, la *forma* está en el método. Si hemos de buscar pues á la *lógica* una division natural, filosófica, en que las partes aparezcan con distincion sin perjudicar á la unidad del conjunto, la distribuiremos en *ideología*, que trata de las ideas, *gramática general*, que expone filosóficamente la teoría del lenguaje, y *método*, que fija las reglas invariables á que está sujeta la disposicion de las ideas y el uso de la palabra, ya para descubrir ya para exponer la verdad. De las dos primeras partes hemos tratado ya en las secciones segunda y

¹ CHARMA. Art. Dialect. Tomado en extracto.

tercera de la primera parte de este curso: réstanos pues tan solo hablar especialmente de la tercera.

Si la *lógica* se restringiese al simple arte de exponer y encontrar la verdad prescindiendo de las ideas y de las palabras, ó para ser mas exactos, dándolas por supuestas, la *lógica* vendria á identificarse con el método. En esto no hai inconveniente ninguno, con tal que se lijen con exactitud los varios sentidos de la palabra.

Como el método es una ciencia ó arte de pura forma, tiene principios de universal aplicacion, y aplicaciones mui varias. Quedan expuestos los primeros en este libro, réstanos proceder á la exposicion de las segundas.

Los filósofos han debido siempre adaptar la forma á la materia y objeto de sus investigaciones: he aquí porqué hai varios métodos. ¿Cuáles son los principales? el silogístico llamado tambien el escolástico, y el inductivo, que admite varias formas. Procedamos pues á exponerlos en el siguiente libro, reservando para el tercero, segun el plan que nos hemos propuesto, hacer un juicio comparativo y algunas observaciones criticas sobre ellos.